

# AUTORAS DEL CENTRO TOLUQUEÑO DE ESCRITORES

**H**an transcurrido dieciocho años desde que, el 10 de mayo de 1983, oficialmente se constituyó el Centro Toluqueño de Escritores (CTE). Desde ese entonces, igual número de convocatorias han redundado, año tras año, en la publicación de textos de géneros diversos (cuento, poesía, ensayo, crónica, teatro, novela). Durante ese lapso, más de setenta libros (incluyendo los del extinto Premio Tolotzin de 1983 y el producto de uno de los talleres de poesía promovido por el CTE y el INBA), han sido publicados. De éstos, aproximadamente la cuarta parte han sido firmados por mujeres y alrededor del 40 por ciento han sido *operas primas*.

Dado el tema de estas líneas, deseo resaltar la pluralidad del Centro, manifiesta en la presencia de las escritoras participantes. Muchas de ellas no oriundas, pero sí afincadas (por lo menos temporalmente) en el Valle de Toluca. Nacidas fuera del país o en otros estados de la República, con excepción de algunos años (1983, 1990, 1993, 1995 y 1996), a lo largo de trece generaciones ha sido reconocida su obra en los géneros de ensayo, cuento, novela y poesía.

Tanto el diálogo en torno del organismo como alrededor de la obra resultante es una manera de reconocer el lugar que el Centro Toluqueño de Escritores ha venido ocupando en la vida cultural de la región. Más todavía, si nos enfocamos a la producción literaria realizada por sus escritoras, quienes todavía son un puñado, si comparamos la cantidad de nombres y libros firmados por nuestros compañeros varones.

## EL CTE Y SUS ESCRITORAS

Es en la poesía en verso en donde las firmas femeninas han obtenido un reconocimiento más amplio, dado el número de voces premiadas, y aún así hay tres veces más títulos producidos por escritores. Los libros de Flor Cecilia Reyes, Elisena Ménez, Edna Ochoa, Celina García y Lizbeth Padilla pertenecen a este género, al igual que los poemarios de María Eugenia Leefmans y María Eugenia Olguín. Con excepción de Ochoa y Padilla, todas las demás viven en el Valle de Toluca y participan en la vida cultural de la región. Por ejemplo, Flor Cecilia Reyes frecuentemente publica en revistas y periódicos locales y nacionales. La colección del CTE se ha visto enriquecida con dos de sus títulos: *Átopos* (1987) y *Como una luz callada* (1999). También se ha distinguido como funcionaria en el área de la cultura tanto en Metepec como a través de sus diversos cargos en el Instituto Mexiquense de Cultura. De manera similar, Celina García tiene una presencia contundente en ese mismo ámbito. Lamentablemente, su obra aún es escasa: sólo ha publicado un libro (*El iracundo mar*, 1992) y fue, precisamente, a través del Centro.

María Eugenia Leefmans no forma parte de los becarios del CTE, pero sí ha participado en sus talleres. Debido a esto, en el volumen colectivo *Las aguas móviles* (1993), es posible conocer una pequeña parte de su obra. En la última década, ha desarrollado una prolífica labor periodística y narrativa, de manera paralela al desarrollo de su oficio poético. Como ella, María Eugenia Olguín no ha publicado dentro de la colección Becarios, pero podemos escuchar su voz, a través de ese mismo texto colectivo, al igual que en las ediciones de "La Tinta del Alcatraz", suplementos y revistas. Ochoa y Padilla, por su parte, tienen una intervención más decidida en el Valle de México y la capital del país.

En el ensayo, en cambio, las escritoras están sólo en una leve desventaja con relación a los textos publicados por autores varones, pues si bien son más éstos en número, la cantidad de libros es semejante. Ana Tissera, Pilar Ramírez, Mihaela Comsa, Berenice Romano y quien esto escribe han incursionado el género, mediante la profundización de autores o temas literarios. Alfonso Reyes, Gustavo Sáinz, Gerardo de Nerval y la teoría literaria han sido el eje de sus textos. Casi todas ellas, con una profunda vocación académica, han estudiado algún posgrado en el área y se desempeñan como profesoras en las instituciones educativas públicas y privadas del Estado de México.<sup>1</sup>

Ha habido menos novelistas, Emma Mauricia Moreno y Verónica Olguín, que cuentistas: Macarena Huicochea, Virginia del Río y Berenice Romano.

1 Estos señalamientos se aplican a Tissera, quien fue profesora de la Universidad Autónoma del Estado de México hasta 1986, año en el que se trasladó a su natal Córdoba, Argentina. Sigue siendo profesora universitaria y practicando el ensayo literario.



En todos los casos, los temas se multiplican y los estilos también distan entre sí, aun cuando llama la atención el relativamente escaso número de escritoras seleccionadas, en los géneros narrativos. Sobre todo, si tomamos en cuenta que en las últimas décadas, en México ha surgido un número apreciable de narradoras y no así de poetas.

Aunado a los libros de la colección Becarios, hubo uno producto de uno de los talleres literarios que hace varios años fueron ofrecidos por el Centro. El mencionado texto *Las aguas móviles* permite el acercamiento a la obra poética de cuatro escritores: María Eugenia Leefmans, Efrén Chávez, María Eugenia Olguín y Francisco Paniagua. Volumen coordinado por el poeta Oscar Oliva, brinda al lector el resultado de las sesiones de su taller, el cual se llevó a cabo

durante varios años, gracias a la conjunción de voluntades del CTE y el INBA. El libro, publicado en 1993, reúne de manera afortunada la visión de estos autores, tan distintos en experiencia, edad y enfoques.

María Eugenia Leefmans ofrece *Cuando mente el olvido*, en un tono sereno, pero no exento de angustia por momentos. Desde un yo no explícitamente femenino, explora las regiones del pasado para configurar la complejidad del ser humano. A pesar de apenas si delatarse como la mano de mujer detrás de la pluma, la autora integra un presente solitario y sin margen de movimiento para la niña libre y feliz que algún día fue la voz autoral. La mujer configurada en su obra poética la propone como un ser complejo, cuyo pasado no puede sino formar parte de su presente. Aquél la sustenta y la explica: desde la pequeña de rodillas caniqueras hasta la dichosa etapa de la libertad y la elección. Amor e ilusión no se olvidan y por eso se siguen buscando en el ahora. No hay lamentos desgarrados, sino serenos reclamos hacia una soledad no deseada, una manipulación desdeñada, en la cual la depresión y la angustia no están ausentes.

María Eugenia Olguín posee una voz intensa y entrañable. Increíblemente desnuda, su palabra hiere al desbordar sinceridad y pasión. El suyo es un dolor apasionado; su mirada, admite el paso del tiempo y con éste, la pérdida de lo deseado, sin que el deseo se agoste en sus dos textos: "Aires de temporada" y "Lunas". Sus poemas construyen una voz poética sincera que va esculpiendo un imaginario femenino inusual: inquisidor del cuerpo ajeno, osado en su fragilidad, gozoso de su sexualidad. El paso del tiempo no admite concesiones y va desgastando los cuerpos, la posibilidad de encuentros definitivos, de una maternidad probable. No obstante, la palabra poética lo acepta, lo nombra y lo inscribe, con sólo un pequeñísimo dejo de nostalgia.

## EL CTE Y SUS NARRADORAS

Si bien desde antes del surgimiento del CTE, el Estado de México ya contaba con narradoras relativamente conocidas, publicando en forma más o menos regular, este organismo ha dado a conocer, en casi veinte años, un número semejante a quienes escribían en este género desde los años cincuenta. Carmen Rosenzweig irrumpe en el panorama literario del país en esa época con su libro de cuentos *El reloj*, publicado en 1956 bajo el auspicio del siempre generoso Juan José Arreola. En su *Obrarreunida*, editada por el Instituto Mexiquense de Cultura en 1997, es posible seguir el itinerario de su escritura: narraciones, novelas, poemas, textos periodísticos, ensayos, hablan de la enorme curiosidad literaria de su autora.

En la siguiente década, Susana Francis, nacida en Ozumba, publicó tanto cuentos como poesía. Primero fue *Momentos* (1962) y después un

volumen bajo el sello del Fondo de Cultura Económica, *Desde la cárcel de mi piel* (1967), reeditado hace unos cuantos meses con la colaboración del Instituto Mexiquense de Cultura. Este libro de poemas es uno de los más valiosos salidos de la pluma de una mujer del Estado de México. Depurado y profundo, muestra un verdadero dominio de la imagen. Diez años después, el Gobierno del Estado auspició la aparición de dos textos: *Prehistorias* y *Aún existe el mar*.

El Centro Toluqueño de Escritores se convierte en una plataforma para las narradoras que viven en el Valle de Toluca. Todas han dado a conocer su primera obra, al amparo de esta colección. A partir del segundo año de actividades de este organismo, detectamos ya la presencia de una narradora: Emma Mauricia Moreno, con su novela *Aglaura*, quien la publica siendo abuela, estudiante de la carrera de Letras Españolas y con más de cincuenta años de edad.

En 1988, Macarena Huicochea y, tres años más tarde, Virginia del Río serán becadas por este Centro y su obra, publicada. En 1997, Berenice Romano es reconocida por los cuentos de *Antología de miradas* y en 1998, Verónica Olguín fue elegida para formar parte de la generación de becarios, con una novela sobresaliente: *Las estrellas perdidas*. *Club para solteros*. Como en el caso de las poetisas, no todas las narradoras viven en el Valle de Toluca, pues Huicochea, Del Río así como Olguín desarrollan su obra, en estos momentos, en otras zonas del país. Y también contamos con una narradora que si bien no ha publicado al amparo del CTE, uno de sus libros fue resultado directo de la labor desarrollada gracias a él; se trata de Bertha Balestra y su novela *Con una sola mirada tuya*.

*Aglaura* de Emma Mauricia Moreno fue la primera novela (y la única, durante varios años) premiada y publicada por el Centro Toluqueño de Escritores. En 1984, el CTE era muy joven aún: sólo había convocado en dos ocasiones para elegir becarios y en una, para conceder el premio Tolotzin.<sup>2</sup>

Para ese año, entonces, el Centro podía ser ya considerado no sólo como una respuesta a las inquietudes literarias de autores sin obra publicada o escritores conocidos, sino también como un proyecto editorial real. Con quince libros en su colección, sólo una mujer firmaba

2 Este concurso convocado por el Ayuntamiento de Toluca no tuvo continuidad. Al parecer, la idea original era otorgar dos tipos de distinciones. La de los becarios se distinguiría por estar dirigida a escritores de obra inédita y el Tolotzin, a autores con textos publicados y trayectoria reconocida. En 1984, en su segunda edición, el certamen albergó por igual a unos y a otros, para lo cual se adujeron razones de restricción presupuestal. El resultado: de los cinco ganadores, cuatro publicaban de manera más o menos regular en suplementos, periódicos, revistas locales e, incluso, libros. Sólo Emma Mauricia Moreno era una creadora prácticamente desconocida. Eduardo Osorio documenta más ampliamente esta información (1990: 70-72).



CITLALLI ORIHUEL

uno de ellos: *Aglaura*. Seguramente sin que Emma Mauricia Moreno se lo propusiera y tal vez sin sospecharlo, a partir de ese momento, hubo casi siempre por lo menos una creadora seleccionada para formar parte de la generación del año respectivo. Publicada hace diecisiete años, aborda un tema que hoy sigue siendo de preocupación social: la anorexia.

Toluca y sus alrededores desempeñan un papel sobresaliente en su interrelación con la protagonista. También es interesante el tratamiento que se le confiere al espacio de la ficción, como el lugar de la supervivencia, en donde es posible vincular los dos principios: la realidad y el placer. No importa si el espacio es urbano o campestre, si es abier-



ADRIANA BORBÓN, *Sin decir nada*.

to o cerrado, las mujeres de *Aglaura* dependen de la voluntad masculina, la cual es lo suficientemente poderosa como para anularlas, para aniquilarlas del todo. Sea la protagonista, quien sigue ciegamente la voluntad de Salomón para luego ser abandonada sin una despedida, sin una explicación; sea Oralia, quien olvidó todo, leer y "hasta la memoria", cuando nacieron sus vástagos: "no se puede saber mucho con seis hijos". O bien, Juana, cuyo padre la ha matado en vida, al decidir no ir a verla y, egoístamente, conservarla en el recuerdo tal y como era antes. Sólo el espacio de la ficción les permite sobrevivir a las tres. *Aglaura* de Emma Mauricia Moreno sugiere que sí, como dijera sor Juana, la fantasía "labra prisión", entonces existe la posibilidad de forjar un mundo mejor, en el que cada mu-

jer tenga una voz propia, una habitación para sí misma.

En 1992, Virginia del Río publicó uno de los mejores libros de cuentos de toda la colección. Se trata de *Colegio para señoritas*. Con una prosa sumamente clara, en un estilo aparentemente cándido, Virginia diseña los usos sociales, como si fueran alguna de las mariposas atrapadas en sus cuentos. La ligereza de la risa, la diferencia, el ruido, el movimiento, en suma, la vida, son recuperadas al contrastarlas con las niñas obedientes e impecables, cuyo lugar es una caja de color rosa; o bien la hija mariposa vista con horror por los padres ratones. Textos muy breves, sancionan a las instituciones (escuela, familia, iglesia, sociedad) y se lamentan por la pérdida de la libertad, la creatividad y la inteligencia.

Gracias a su participación en el taller de narrativa del escritor Herminio Martínez, promovido por el CTE y el INBA, y simultáneo al de Oscar Oliva, Bertha Balestra escribió su primera novela: *Con una sola mirada tuya*. En 1995, esta obra fue finalista en el certamen nacional para primera novela Juan Rulfo, pero no fue publicada sino hasta dos años después. Aunque la edición no corrió a cargo del Centro, sino del Ayuntamiento de Metepec y el Instituto Mexiquense de Cultura, nos parece pertinente rescatar esta obra como parte de la repercusión que ha tenido el CTE, en el quehacer literario de la región.

El cuestionamiento sobre la historia oficial, en labios de una mujer judía, es un tema que, generalizándolo, aporta una temática poco explorada en la literatura mexiquense. Bertha permite la visibilidad de la presencia femenina, aún en los espacios menos propicios para ello.

Como en varios de los textos publicados por el CTE, el discurso implícito sobre la palabra permite desarrollar una poética y, de esta manera, comenzar a rastrear los vasos comunicantes de nuestros escritores, en su percepción sobre la escritura y sus procesos.

*Con una sola mirada tuya* es un texto valioso, entre otros motivos, debido a que elige darle voz a quien ha guardado silencio en los textos de la historia oficial. La palabra femenina no se escucha generalmente, ni en los documentos de los archivos, ni en los libros o los testimonios de siglos atrás. El deseo de que la mujer hable, en un contexto donde el silencio es doble o triplemente opresor, parecería una voluntad en la obra de Bertha Balestra, pues esta característica aparece también en otra obra suya titulada *Donde la niebla se extiende*.

En la historia de los concursos del CTE, nunca un mismo autor había obtenido dos premios en géneros distintos. En 1997, Berenice Romano lo consiguió con su libro de ensayos *Memoria y autobiografía: una deconstrucción del tiempo* y con el de cuentos, *Antología de miradas*, ambos reflejan por primera ocasión, de manera editorial y unitaria, de lo que su empeño literario había evidenciado desde sus años como estudiante del Tecnológico de Monterrey. En su obra es posible percibir una dimensión sexuada del discurso, a través del análisis de los elementos narrativos de sus textos. En ella existe una franca provocación hacia el orden social, al proponer relaciones interpersonales no censuradas, pasiones prohibidas, emociones no reprimidas.

Por si el título no fuera lo suficientemente elocuente, *Antología de miradas*, condensa distintos enfoques sobre temas que giran alrededor de núcleos temáticos bien definidos. Las relaciones interpersonales, la muerte, el cuerpo, la transgresión de aquello que impida la expresión de las emociones y los sentimientos, son algunos de ellos. Cada uno es desarrollado en la intimidad de los espacios familiares: sean conyugales, fraternales o en la vinculación afectiva entre padres e hijos. En este texto, poco lugar se le concede a otro tipo de relaciones. Es evidente que la amistad o la soledad como un cuerpo colectivo y solidario están ausentes entre las preocupaciones de quien narra. La mirada, en cambio, se detiene en los secretos de las sensaciones.

Para cerrar esta necesariamente incompleta enumeración, me es imposible dejar de lado a Verónica Olguín y su novela *Las estrellas perdidas*. *Club para solteros*. Publicada en 1998 por la colección Becarios, el humor, la soltura de su estilo, los variados recursos narrativos se aúnan a una trama que recorre los entresijos de las relaciones familiares y de pareja, para brindar uno de los mejores libros de toda la colección. Con un desenfado aparente, Olguín dibuja a la mayoría de sus personajes con ojos amorosos: los hace crecer ante el lector, mediante una serie de coincidencias y divergencias. No teme pasearse por distintos espacios, esbozar diversos contextos ni problemáticas múlti-

ples unidas por la preocupación del encuentro amoroso que se convierte en la búsqueda de un lugar qué ocupar en el mundo.

Para finalizar, debo mencionar que contamos con escritoras que no se ciñen a sólo un género. La gran mayoría de ellas tienen algún vínculo con el ensayo y el periodismo. Hay quien se desenvuelve con igual soltura en más de dos ámbitos; Leefmans, por ejemplo. Escritoras que se mueven por el cuento, la novela o el relato como Balestra o Moreno. O bien, quien indistintamente escribe poesía y narrativa (Olguín), o narrativa y ensayo (Romano).

Ni el tiempo ni el espacio me permiten detenerme con más cuidado en los textos de las escritoras mencionadas. Sin embargo, he querido destacar cómo sólo a partir de un recuento de lo publicado por el Centro Toluqueño de Escritores en dieciocho años de existencia podemos hablar de una presencia real de la mujer en la literatura de la región. Ya no las contamos con los dedos de una mano y tampoco las dos serían suficientes para enumerarlas. Más allá de la cantidad, su presencia, su versatilidad, la heterogeneidad de sus estilos y preocupaciones invocan al optimismo, a la certeza de que dentro de unos años podremos hablar de la literatura del Estado de México sin tener que diferenciar a qué género pertenecen sus autores. LC